

“10 Concurs Literari”

Nombre del Relato: El Abrazo del Mar

Seudónimo: Lucía Bortinez

Extención del Documento: elabrazodelmar.doc

El Abrazo del Mar

Una mañana cualquiera me acerqué tímidamente.

Estaba triste, la distancia era por aquellos días, muy difícil de llevar.

La ciudad parecía grande y desconocida. La gente era un desfile de caras extrañas. Las casas, las tiendas y los parques...lugares ajenos.

Atrás había quedado el viaje, la familia, los amigos, las despedidas. El adiós disfrazado de "hasta pronto". La tierra con sus olores y sabores. La pertenencia y las raíces.

Por delante una esperanza, pero una esperanza desconocida.

Todavía no había encontrado amigos con quienes compartir cada instante. Con quienes hacer cada día mas fácil. Y yo no sabía vivir sin amigos. Sin esos hermanos del alma que uno elije y que habían quedado también tan lejos.

Recuerdo que deseaba formar parte. Adaptarme rápidamente. Ser uno más. Y no sabía como.

No sabía por donde empezar.

Quería conocer todo, aprender todo. Y que me conocieran. A veces sentía el impulso de explicar a las personas que caminaban en "contra dirección" que yo también tenía un nombre, unas costumbres y una historia. Que en mi equipaje había traído sueños y ganas. Que tenía muchas cosas para explicar. Mis propias cosas.

Quería pertenecer.

Había mucho por hacer, por andar, por descubrir. Pero la nostalgia y un poco de temor a lo distinto me invadían y a veces me paralizaban. Todas las puertas parecían cerradas. Todos los lugares ocupados.

El tiempo pasaba muy despacito. Siempre es así. El tiempo no hace caso a nuestras prisas. Caprichoso nos demuestra a cada segundo “quien manda” y cuando queremos que sea rápido es muy lento...y también viceversa.

Ingresé a Tarragona por la puerta de la historia. La antigua Tarraco me recibió con su romana eternidad. Con sus majestuosas ruinas testigos del tiempo. Con sus relatos de luchas y conquistas. Después me perdí varias veces en el túnel del tiempo de la Tarragona Medieval. Sus estrechas callecitas y sus sorpresas a la vuelta de cada esquina. También descubrí a la elegante Tarragona Modernista con sus adornos y sus colores.

Fue un buen comienzo, pero anhelaba llegar a la Tarragona de cada día. Al corazón de la Tarragona actual. Llegar y quedarme.

No lo sabía pero faltaba poco para la magia.

Un día me encandiló la luz de la ciudad. Una luz especial, diferente. Una luz dorada, como esta costa. Luz transparente y única. Una luz limpia. Por aquellos días yo me preguntaba: ¿sabrá esta gente la luz que tiene? ¿o les pasará como a todos que nos damos cuenta de lo que tenemos cuando estamos lejos?.

Tal vez si, o tal vez están acostumbrados a esta luz tarragonina que es casi un guiño para quienes la descubrimos.

Y entonces, una mañana cualquiera me acerqué tímidamente. Una mañana de principios de invierno soleada y fría. Recuerdo al cielo azul reflejado en un espejo del mismo color. Recuerdo que estaba triste, echando de menos, no se, tantas cosas, tanta gente. Necesitando tal vez un consuelo. Mis pasos fueron sobre otros pasos, y a través de una Rambla de postal me esperaba el legendario balcón. Había estado antes, pero sin estarlo, con indiferencia turística, mirando lo superficial sin llegar todavía a la esencia. Despacito mis manos tocaron su enrejado dibujo. Miré al frente. Y el mar me vio. Y yo vi mucho más que un mar.

Primero sentí una caricia y un susurro salado que me despeinaba. Después el mar infinito y redondo me abrazó, me envolvió, me atrapó y me dio la bienvenida. Me llené de mar. Sentí un consuelo especial. Y me permití sentir que esta ciudad también podía ser mía. Y sonreí. Y volví muchas veces. Y siempre siento lo mismo. Que delante de este balcón el mar se abre ante nuestros ojos con toda su belleza y su misterio. Que primero nos encandila, después nos reconoce. Pero inmediatamente nos abraza y nos invita a pertenecer a Tarragona. A respetarla. A quererla. A sentirla. A ella y a su gente.

Después llegó todo lo demás. Las calles, los parques, los jardines, los monumentos, el mercado, el colegio, las tiendas, las playas...el paisaje y el corazón de Tarragona comenzó a formar parte de mi vida.

Cada rincón se hizo familiar y cercano. Era la ciudad de cada día. La ciudad de "estar por casa", con su calidez, con sus costados amables y también con sus problemas. Con su gente. La ciudad de todos los que vivimos en ella.

Y llegaron los amigos.

Los de allí con los que compartimos, las tradiciones, los recuerdos, los códigos y el amor incondicional a la tierra que nos vio nacer y que nos dejó partir, que nos dio raíces y alas. De la tierra a la que siempre estamos volviendo.

Y los de aquí, con sus costumbres, su lengua, su historia, con las puertas abiertas de su casa, que nos enseñan lo propio pero que también quieren aprender lo nuestro.

Las puertas se fueron abriendo poco a poco. Y me sentí parte. Y sumé. Y es que sumando uno crece y se hace más fuerte. Día a día fui construyendo mi propia historia dentro de tanta historia.

Ahora tengo dos ciudades. Dos sitios. Dos familias. Y las dos me tienen a mí para siempre. Y si alguna vez lo olvido vuelvo al balcón.